

ba, llevando una embajada, encomendada por el virrey don Francisco de Toledo. Catorce días estuvo fray Juan enseñando al Inca y en la fiesta de San Agustín de 1568, le bautizó. Todavía permaneció ocho días más para ratificarle en la fe; y a continuación salió hacia Lima, dejando a fray Marcos García para continuar su labor, y al mismo tiempo edificar iglesias, donde enseñar la religión a los indios que aceptaban ser cristianos.

Al comienzo todo iba bien, Tito ayudado por fray Marcos escribió entonces su famosa *Instrucción a Felipe II*, fechada en 1570, en la que además de justificar el alzamiento de su padre, pedía una serie de derechos a la corona española, como legítimo descendiente de los monarcas incas; y los ratificó mucho más explícitamente en una carta enviada al virrey don Francisco de Toledo, en la que exigía nuevas condiciones. Entre tanto, llegó para continuar las tareas de evangelización un nuevo agustino, fray Diego Ortiz; mas Tito en vez de vivir cristianamente, seguía celebrando en Vilcabamba sus habituales fiestas paganas y conviviendo con sus concubinas, olvidándose de que era cristiano. Fray Marcos García le reprendía aquellos hechos, por lo que le tomó gran aversión; al darse cuenta, el fraile consiguió salir de Vilcabamba, tras varias retenciones ordenadas por el rey, y quedó sólo fray Diego.

Repentinamente, apareció un español y pidió permiso a Tito para descubrir minas; éste se lo dio, mas cuando el español encontró buenas vetas, varió de parecer y le mandó matar, quizá pensando que al saberse en el Cusco, sus tierras se llenarían de codiciosos españoles. El agustino trató de impedirlo, y no habiendo podido hacer nada para salvarle, buscó su cuerpo con el fin de darle sepultura; entonces el inca le advirtió que, de seguir en su empeño, le quitaría la vida también a él; pero no fue así porque a los ocho días de estos hechos, Tito se sintió muy enfermo, y veinticuatro horas después murió. Algunos autores dicen que a consecuencia de una pulmonía, otros creen que fue envenenado por sus mismos capitanes, temerosos de que saliera al Cusco; lo cierto es que todos creyeron en Vilcabamba que fray Diego era el culpable. Le apresaron y ordenaron resucitar al inca, y como no lo consiguió, le mataron en un lento y penosísimo martirio; y con él, al secretario Martín de Pando.

Mientras estos acontecimientos ocurrían en la capital selvática, a finales de 1569, llegaba a Perú el virrey don Francisco de Toledo, hombre de carácter enérgico y muy inteligente, que rápidamente emprendió la tarea de organizar el reino, legislando infinidad de ordenanzas en los gremios, pueblos, industrias, cultivos e instituciones. Se puede decir que él fue quien verdaderamente estructuró todo el territorio andino, después de conocerlo en profundidad, mediante una larga visita general que duró cinco años, y con el asesoramiento de gente de mucho prestigio. Hasta tal

punto fue efectivo, que incluso algunas de sus leyes siguen vigentes hoy, sobre todo en las comunidades indígenas de la Sierra.

Con respecto a Vilcabamba, don Francisco se propuso terminar de una vez con la insurrección. Para ello, ignorando todavía la muerte de Diego Ortiz, del secretario Pando, y del propio Tito, mandó en julio de 1571 al dominico Gabriel de Oviedo y al licenciado García de los Ríos, autorizando documentalmente el matrimonio del heredero Quispe Tito con su prima la ñusta Beatriz, y en general todo lo acordado en Acobamba, incluida la cláusula del perdón. Pero los emisarios, retenidos por los centinelas, no pudieron pasar, y al cabo de varios meses de espera, en octubre, después de sufrir un ataque en el que algunos murieron, otros regresaron heridos al Cusco, sin haber conocido los hechos ocurridos en el interior de la selva.

Enterado don Francisco del fracaso de la embajada, envió otra nueva al mando de Atilano de Anaya, quien, como se ha dicho, había entrado en el reino inca sublevado, cuando se hizo cristiano Tito Cusi, por lo que se le consideraba su amigo. Llevaba una carta conminándole a aceptar el gobierno virreinal, por su propia seguridad y la de los suyos (E. Guillén, pág. 149: 1995); mas la misiva nunca llegó a la capital del inca, porque Anaya fue muerto por los centinelas al cruzar el puente de Chukichaka.

El virrey, ante tan belicosa actitud, decidió cambiar de estrategia y hacer la guerra. Para entonces había escrito una carta a Felipe II (en 1570) diciéndole que Tito Cusi era hijo ilegítimo; que tan sólo contaba con quinientos indios de guerra; que sus únicas defensas eran las riberas de los ríos Apurímac y Urubamba, más el áspero de las montañas; y que con muy poca gente se podría acabar con aquel padraastro (Roberto Levillier. T. III. pág. 344: 1935). Después consultó con el Consejo de Indias y le respondió que los indios rebeldes debían ser tratados bajo las mismas penas que los españoles, es decir, como reos de lesa majestad y de muerte.

No sabía don Francisco que nada más morir Tito Cusi, como si todo hubiera estado preparado, sacaron de las casas del Sol a Tupac Amaru, su hermano menor, y le nombraron nuevo Inca, prosiguiendo con él la guerra de guerrillas; así pues, aunque no tuvo conocimiento de lo ocurrido, por todo lo ya expuesto, y viendo la dificultad de establecer nuevas tentativas de paz, el virrey organizó la invasión de Vilcabamba.

Para ello, en primer lugar, averiguó muy concienzudamente cuáles eran los mejores caminos de entrada (Manuscrito 3.040, folio 95. Biblioteca Nacional. Madrid); sobre la aspereza de los pasos, y la fuerza de hombres existente en esos momentos; y también, si el Inca había pactado con otras etnias selváticas. Después, cuando hubo obtenido los informes, don Francisco reunió al cabildo de Cusco y comunicó las muertes de Anaya, Pando y fray Diego Ortiz, pues ya había conocido las de estos últimos.

Como el cabildo estuviese de acuerdo con sus planes, el virrey decidió formar un ejército de doscientos cincuenta hombres, a cuya cabeza puso al general Martín Hurtado de Arbieta. Entre otros capitanes iba Martín García de Oñaz y Loyola, sobrino de San Ignacio, quien al igual que el resto de los componentes del ejército, tuvo que armarse, más avituallar y sustentar a los soldados de su compañía con recursos de su propia hacienda, sin recibir ayuda de la Caja Real. (Víctor M. Maurtua. Págs. 3-6: 1906.)

Ya preparado el ejército, a finales de mayo de 1572, los españoles iniciaron la entrada en la selva por el puente de Chukichaka. Aunque los incas lucharon muy valerosamente, tras varias pequeñas victorias, les derrotaron en la fortaleza de Huianapucará, y el 24 de junio de 1572 García de Oñaz y Loyola llegó con cincuenta hombres a Vilcabamba y la tomó. Tupac Amaru huyó con uno de sus capitanes a la tierra de los manaríes, pero fue hecho prisionero en el valle de Mori (Baltasar de Ocampo, págs. 317-20: 1909) igualmente por García de Oñaz y Loyola, en los últimos días de julio o primeros de agosto de 1572. (Edmundo Guillén. Pág. 164: 1995.) En el lugar donde se hallaba enclavada la ciudad inca de Vilcabamba, Martín Hurtado de Arbieta fundó San Francisco de la Victoria de Vilcabamba, el 4 de octubre de 1572, en honor del virrey Toledo, impulsor de aquella conquista, y quedó como gobernador vitalicio de la provincia.

Tupac Amaru, junto con sus hombres, fue llevado al Cusco, donde después de ser alojado en el palacio de Colcampata, residencia del príncipe Paullu, se le juzgó y condenó a morir en la Plaza de Armas por haber matado a los mensajeros, a Pando, y al fraile Ortiz. Se le dio opción a ser bautizado —si lo deseaba— y como aceptó, se le puso el nombre de Felipe. A continuación, se cumplió la sentencia públicamente en la Plaza de Armas, entre grandes gemidos y llantos de sus gentes. Era el 23 de septiembre de 1572.

Esta ejecución tan rápida, sin duda alguna, desprestigió la figura del virrey Toledo, pese a haber estructurado tan perfectamente al nuevo Perú. Se ha hablado mucho del enojo de Felipe II, cuando se enteró de los hechos, y de sus enérgicos reproches, al decirle que no le había enviado a matar príncipes; sin embargo no hay datos que lo confirmen. No se olvide que el virrey, además de su carácter severo, tenía instrucciones muy concretas para lograr la paz de aquel reino, siempre revuelto en las primeras décadas de su historia; por eso, antes de salir, se le encomendó actuar con dureza. Sólo de esta manera, se podría terminar con semejante estado de desafortunados acontecimientos; ahora bien, quizá fue excesivamente inflexible, pues pudo enviar a Tupac Amaru a España y evitar su muerte. Mas tal vez, algo de ese dicho descontento del rey fue cierto, porque cuando Toledo entregó el gobierno a su sucesor Martín Enríquez

de Almansa y volvió a la corte, no se le recibió como merecía un personaje tan importante; por el contrario, incluso se le desterró, muriendo alejado años después.

El cuerpo de Tupac Amaru se veló en casa de Cusi Huarca, viuda de Sayri Tupac; y al igual que a Atahualpa, se le hicieron solemnísimos funerales en la catedral de Cusco, tal como consideraron los gobernantes españoles que correspondía a su realeza; contaron con la asistencia de la elite conquistadora y del virrey, vestido de riguroso luto; después se le dio cristiana sepultura en uno de los templos de la ciudad. Desgraciadamente, no existe unanimidad entre los cronistas al ubicar en cuál de ellos descansa.

La tradición cuenta que Toledo mandó exponer la cabeza del Inca en una picota, para escarnio de su pueblo. Sin embargo, pasados algunos días de la colocación se pudo apreciar que, no sólo no se corrompía, sino que de continuo se volvía más hermosa. Gran cantidad de gente acudía a comprobar el hecho y al mismo tiempo a rendirle homenaje, ante lo cual, sabido por las autoridades virreinales residentes en el Cusco, la hicieron retirar y dispusieron que se enterrase con el cuerpo. (Baltasar de Ocampo, pág. 327: 1906.)

Como es lógico suponer, la muerte de Atahualpa y posteriormente la de Tupac Amaru I, se guardaron profundamente en la memoria del pueblo inca, quien las transmitió de padres a hijos, con tanta fuerza que, muy poco después, a principios del siglo XVII, en torno a ellas surgió el mito de Inkari, el cual hasta hoy perdura, pues entre 1953 y 1972, se encontraron quince relatos en pueblos peruanos, contados en quechua por hombres de veinticinco a ochenta años. Muestra es la bella historia guardada en la comunidad de Queros. También se halló articulado con otras manifestaciones de la cultura popular andina, como son danzas sobre la captura de Atahualpa, su muerte, etc. Y, cuando a partir de 1968 irrumpió en el Perú un gobierno nacionalista, el mito se hizo muy popular; incluso llegó a inspirar el *Sueño del Pongo* de José María Arguedas.

Inkari simboliza las imágenes de Atahualpa y Tupac Amaru, y las une al concepto de resurrección de la Iglesia Católica: es el Inca que ha de retornar, trayendo la antigua prosperidad del incanato, perdida a la llegada de los españoles. Hoy en día, supone una realidad sociológica, viviente en las comunidades indígenas, donde el mito es propiciado por sacerdotes mesiánicos con ritos de iniciación —igualmente de tradición andina—, para conseguir la vuelta de su soberano, a pesar de haber transcurrido más de cuatrocientos años. Es el llamado Pachacuti.

En apariencia, con la muerte de Tupac Amaru, terminó la abierta hostilidad de las elites incaicas: no habían podido vencer a la superioridad técnica y cultural del Viejo Mundo y a la intrepidez hispana; pero no fue así,